

direcciones, desde la autobiografía a la denuncia directa de los hechos, utilizando para ello procedimientos ya experimentados en libros anteriores, con un sentido nuevo, e incluso recuperando a los clásicos; junto a Lope de Vega habría que mencionar también a Quevedo, cuya obra es perfectamente conocida y asimilada por Alberti. El tono burlesco, la capacidad para la sátira personal que tenía el gran poeta barroco están presentes en la serie de poemas *El burro explosivo*, iniciada en 1934-35. Poemas político-burlescos, como escribe el propio Alberti en el prólogo a la edición independiente de 1938 (Ediciones del 5º. Regimiento), que toman el título de una anécdota de la Revolución de Asturias: el asno cargado de dinamita que los mineros lanzaron contra las tropas de Doval y López Ochoa («Estos poemas, cargados de dinamita, continuadores de un camino señalado por nuestros grandes poetas del siglo XVII, creo que merecen el título bajo el cual aparecen recogidos», añade Rafael Alberti). Véase, como muestra, este soneto dedicado a un cónsul español que, en la ciudad mexicana de Tampico, saludó la llegada de Alberti y María Teresa León con letreros que decían «Han llegado las hordas de la antipatria»:

Un gargajo sin sal mal expelido,
un esputo esputado de una puta,
una tuerca acabada en cagarruta,
un pedo consular ya dimitido.

Un gancho del revés, digo, invertido,
una bisagra puesta a una viruta,
una batuta rota, una batuta
bailando al son de un asno retorcido.

Un tornillo monárquico clavado
a una muerta República a quien roba,
difama y lame con traidor de hocico.

Un cabrón, un marica, un esmirriado,
un manojo de cerdos, una escoba
para hurgar los retretes de Tampico.

(OC, I, 555)

De un momento a otro. **(Poesía e historia. 1934-1939)**

Bajo este título se agrupan los poemas escritos por Alberti inmediatamente antes y durante la guerra civil. Publicado como libro en 1937 (Madrid, Ediciones Europa-América), incluía el poema «Un fantasma recorre Europa», «Trece bandas y cuarenta y ocho estrellas (Poema del Mar Caribe)» y «Capital de la gloria». Su composición definitiva varió, al pasar «Un fantasma recorre Europa» y otros siete poemas a *El poeta en la calle* y añadirse los poemas de guerra escritos en 1937-38. El libro, que posee una estructura mucho más definida que *El poeta en la calle*, se divide en cuatro

partes: «La familia (Poema dramático)», «El terror y el confidente», «Trece bandas y cuarenta y ocho estrellas» y «Capital de la Gloria». Así aparece distribuido en la edición de *Poesía (1924-1937)*, con un prólogo en el que Rafael Alberti vuelve a expresar su entusiasmo por la poesía en su nueva función de combate: «Mi vocación, mi jamás rota fe en la poesía, mi dolorosa, alegre y continua exploración de las nuevas realidades líricas y dramáticas de España y del mundo, me han conducido lenta y difícilmente a este cambio de voz, de acento...»¹⁵. Una confianza bien visible en el poema inicial de *La familia*, «Hace falta estar ciego»:

Hace falta estar ciego,
tener como metidas en los ojos raspaduras de vidrio,
cal viva,
arena hirviendo,
para no ver la luz que salta en nuestros actos,
que ilumina por dentro nuestra lengua,
nuestra diaria palabra.

(...)

Hace falta querer ya en vida ser pasado,
obstáculo sangriento,
cosa muerta,
seco olvido.

(OC, I, 613)

El poema alude a la gloria, pero a una gloria terrenal que otorguen los hombres en el futuro, no a la «vida eterna» en sentido cristiano. La tierra ya no es considerada como espacio impuro (lo era en *Sobre los ángeles*), sino como el único espacio real donde puede transformarse la existencia humana, y de este modo se antepone al cielo, ese supuesto paraíso. La ideología religiosa es mostrada por Alberti como deformación de la realidad y encubrimiento de la vida; bajo el título genérico de «Colegio, S. J.» se incluyen seis poemas centrados en el ambiente y en la educación religiosa dentro del Colegio de los Jesuitas del Puerto de Santa María, una educación represiva:

Nos dijeron
que no éramos de aquí,
que éramos viajeros,
gente de paso,
huéspedes de la tierra,
camino de las nubes.
Nos espantaron las mañanas,
llenándonos de horror los primeros días,
las noches lentas de la infancia.
Nos educaron sólo para el alma.

(OC, I, 617)

De nuevo, autobiografía y denuncia resultan inseparables en estos poemas. Por otra parte, Alberti se centra especialmente en la crítica de los signos exteriores, de las *apariencias*. Así, vemos cómo alude a las discriminaciones existentes en los colegios

¹⁵ Rafael Alberti, *Poesía (1924-1937)*, Ed. Signo, Madrid, 1938, p. 341.

religiosos, utilizando un lenguaje reflexivo que, según ha señalado Luis García Montero¹⁶, anticipa los mejores logros de la poesía de la experiencia en los años cincuenta (Gil de Biedma, Barral, Brines, Valente, Caballero Bonald...):

Éramos los externos,
los colegiales de familias burguesas ya en declive.
La caridad cristiana nos daba sin dinero su cultura,
la piedad nos abría los libros y las puertas de las clases.
Ya éramos de esas gentes que algún día se las entierra de balde.

(OC, I, 614)

Después de estos poemas sobre el colegio y la educación religiosa, Alberti va a abordar directamente el tema familiar, que ya había sido una importante referencia en el momento en que escribe *Sobre los ángeles*. La militancia comunista no favoreció, en modo alguno, las buenas relaciones del poeta con su ambiente familiar, en el que no abundaban las simpatías hacia dicha tendencia; los poemas de 1934 («Índice de familia burguesa», «Hermana», «Os marcháis, viejos padres», «Estáis de acuerdo», «Balada de los dos hermanos») marcan la ruptura con el entorno familiar y, partiendo de la caracterización individual, crean auténticos personajes-tipo de la clase social denunciada. Durante la guerra civil, Alberti escribirá una obra teatral, *De un momento a otro* (*Drama de una familia española*), que vendría a reproducir, casi en los mismos términos, el conflicto ideológico expresado en los poemas de *La familia*. En la poesía de guerra también existen alusiones al tema: «...a pesar del mejor compañero perdido,/ de mi más que tristísima familia que no entiende/ lo que yo más quisiera que hubiera comprendido...» («A Niebla, mi perro»); incluso en la inmediata posguerra, dentro de *Vida bilingüe de un refugiado español en Francia*: «Un tío mío ha muerto./ Deja catorce hijos/ y todos de Falange./ Deshonor para el Puerto y para Guadalete».

Sólo a partir de *Retornos de lo vivo lejano* (1948-1952) el ambiente familiar será recordado con cierta ternura, englobándose como un tema más dentro de esa gran elegía que es, en conjunto, la obra albertiana del exilio. En 1934, lo que más importa es la liquidación de la conciencia burguesa y la denuncia de la familia como institución conservadora, lugar de reproducción de la ideología dominante. Una vez que se ha rechazado la familia tradicional (reducto de lo *privado*), el poeta tiende a identificarse con otra comunidad hasta el momento ignorada: los siervos, los «viejos criados de la infancia vinícola y pesquera». Es el problema del desclasamiento, expresado aquí de forma transparente:

...yo os envió un saludo
y os llamo camaradas.
(...)
Vuestros hijos,
su sangre,
han hecho al fin que suene esa hora en que el mundo
va a cambiar de dueño.

(OC, I, 622)

¹⁶ En el estudio previo a las Obras Completas de Alberti, p. 78: «En esta lírica de la lucidez encuentra su lugar lógico el intento de un verso reflexivo, ordenador de la experiencia, interesado en revisar la fundación de la intimidad desde un punto de vista ideológico».

A raíz de la segunda estancia en la URSS, con motivo del congreso de escritores de 1934, Alberti y María Teresa León sufren un primer destierro. Viajan, entonces, a Hispanoamérica con el objeto de recaudar fondos para los damnificados de la revolución asturiana. De esta época inmediatamente anterior a la Guerra Civil son los apartados «El terror y el confidente», con poemas que en principio aparecieron en *Nuestra diaria palabra* (Ediciones Héroe, Madrid, 1936), y *Trece bandas y cuarenta y ocho estrellas* (*Poema del Mar Caribe*), que también fue publicado por Altolaguirre en mayo de 1936. Observamos cómo ya se advierte el peligro de la guerra, la amenaza del fascismo en una época oscura, sobresaltada:

Época es de morder a dentelladas,
de hincar hundiendo enteras las encías,
contagiando mi rabia hasta la muerte.

(OC, I, 630)

Más que nunca, la revolución es el único medio de acabar con un mundo caduco, marcado por la crisis de las instituciones burguesas. La poesía comprometida de Alberti se define cada vez más en torno a la dialéctica *Poesía/ Vida/ Revolución*, siempre opuestas a la guerra y a la muerte, emblemas de la clase dominante y, en particular, del fascismo como sistema impuesto por los intereses capitalistas. Ese vitalismo albertiano, esa dedicación constante a la poesía, permiten la realización de dos o más proyectos de poesía revolucionaria diferentes entre sí: el proyecto populista del homenaje a Lope de Vega y la sátira mordaz de *El burro explosivo* son paralelos a la reflexión desarrollada en los sonetos de «El terror y el confidente» y a la diversidad métrica que se prodiga en *Trece bandas y cuarenta y ocho estrellas*, textos escritos, todos ellos, en 1935. Más aún: habría que citar la única serie de poemas que, en esos años, carece de orientación directamente política, la elegía a Ignacio Sánchez Mejías *Verte y no verte*, construida también a partir de la contraposición entre la muerte y la vida.

En los poemas de *Trece bandas y cuarenta y ocho estrellas* aparece, junto a los ya citados, un nuevo elemento: la naturaleza americana, agredida, casi destruida por la dominación imperialista del Norte. Encontramos aquí una denuncia clarísima de la intervención económica y política de los EE.UU. en los países de Hispanoamérica, desde el primer poema, «New York (Wall-Street en la niebla. Desde el Bremen)», en el que se establece un paralelismo entre el despertar del poeta y el amanecer de la ciudad entre la niebla, que adquiere una dimensión simbólica. El protagonista del poema ve la auténtica realidad, las tramas de la explotación, por mucho que intenten ocultarla o disfrazarla:

Nueva York. Wall Street. Banca de sangre,
áureo pulmón comido de gangrena,
araña de tentáculos que hilan
fríamente la muerte de otros pueblos.

(OC, I, 641)